

MEXICO, LA TELA DE PENÉLOPE *

Por *Fernando BENITEZ*

MÉXICO es una ciudad en perfecto estado de transformación. Las manos de sus gentes la hacen y la deshacen como la buena Penélope hacía y deshacía su tela, esperando la llegada de Ulises. De las ruinas de las demoliciones surge siempre un México distinto, una novedad urbana y es así como nuestra ciudad cumple su función de adaptarse al discurrir del tiempo. Ciudad esencialmente dinámica, llena de juventud y de impulsos creadores, vuelta de cara al porvenir, quizá por ello no es afecta a conservar las reliquias de su pasado.

Las primeras manos que edificaron Tenochtitlán, fueron manos oscuras. Manos de indios. La sacaron de la nada, es decir, la hicieron brotar de las aguas amargas del antiguo lago. Se edificó sobre un símbolo: El heráldico de un nopal que sustentaba una águila devorando una serpiente. Es el árbol genealógico de la ciudad, el escudo de México, su único blasón en más de un sentido. Guió a Tenoch en una peregrinación sin itinerario posible que se prolongó siglos enteros y continúa atrayendo como un imán a los mexicanos de los cuatro puntos cardinales. Es hoy en mayor medida que nunca, un signo de convergencia, una fuerza catalizadora, un gran moldeador de la conciencia nacional.

Tenochtitlán no murió de muerte natural, sino violentamente, por la espada, único final digno de una ciudad guerrera. Cayó cuando se hizo prisionero a Cuauhtémoc que era su rey y su sacerdote supremo. La gritería que se escuchó ininterrumpida durante los días del sitio, cesó de improviso y por primera vez en su historia se hizo un espantoso silencio.

* Conferencia del ciclo de la Sociedad Mexicana de Estudios y Lecturas, pronunciada en el Palacio de las Bellas Artes, el 30 de octubre de 1946.